

JESÚS: EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

LECTURA DE FONDO



En el tiempo en que debían cumplirse las promesas de Dios, el Hijo de Dios entró a la historia de la humanidad asumiendo una naturaleza humana en la Persona de Jesucristo. Dios nos dio a conocer el amor que nos tiene mediante la vida, Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión de su único Hijo.

Si bien su sacrificio en la cruz pagó la deuda del pecado y derrotó a la muerte, esta no es la única parte de la vida de Cristo que tiene importancia. Por el contrario, todo lo que Jesús hizo es un modelo de cómo debemos de vivir. El Credo de los Apóstoles no nos da detalles sobre la vida de Jesús antes de su Pasión y Crucifixión, pero los Evangelios sí lo hacen. Los Evangelios son los libros escritos por Mateo, Marcos, Lucas y Juan, son los cuatro libros de la Biblia que nos narran la historia de la vida de Jesús.

En el Evangelio de Juan, Jesús nos dice, “Yo soy en camino y la verdad y la vida” (14, 6). Mediante su vida, Jesús nos revela la verdad de su ser, la vida que tiene planeada para nosotros y el camino que debemos de seguir para poder pasar la eternidad con Él en el cielo. Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “Todo lo que Jesús hizo y enseñó

desde el principio hasta el día en que [...] fue llevado al cielo hay que verlo a la luz de los misterios de Navidad y de Pascua” (CIC 512).

Entonces, ¿quién es Jesús?

Jesús es Dios

Como estudiamos el mes pasado, los israelitas no esperaban que el Mesías prometido sería Dios mismo. Dios reveló esta verdad a su pueblo. Comenzando con la Anunciación, el ángel reveló a María que el hijo de su vientre sería el Hijo de Dios. “Será grande y justamente será llamado Hijo del Altísimo... por eso el niño santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1, 32,35).

Además de enviar a su ángel, Dios Padre también habló a su pueblo y el Espíritu Santo fue manifestado. Como aprendimos en la lección 2, Dios es la Santísima Trinidad: un Dios en Tres Divinas Personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por tanto, Jesús es uno con el Padre y con el Espíritu Santo. Podemos repasar este misterio de la fe en la lección dos.

Antes de comenzar su ministerio público, Jesús fue bautizado. El Evangelio de Mateo describe el acontecimiento en el que la

Santísima Trinidad anunció a Jesucristo: “En ese momento se abrieron los Cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre Él. Al mismo tiempo se oyó una voz del cielo que decía: ‘Este es mi Hijo, el Amado; en él me complazco’” (Mateo 3, 16-17). Dios Padre pronunció esas mismas palabras durante la Transfiguración, agregando un mandato: “Este es mi Hijo, el Amado; éste es mi Elegido, escúchenlo” (Mateo 17, 5).

Los milagros de Jesús

Jesús realizó muchos signos y prodigios durante su ministerio público para que la gente viera que Él era Dios y creyera en Él. A esos signos les llamamos milagros: eventos presenciados por otros que no pueden explicarse naturalmente y que son el resultado de un acto de Dios. La Biblia nos explica la razón de estos signos en el Evangelio de Juan: “Muchas otras señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Crean, y tendrán vida por su Nombre” (Juan 20, 30-31).

Jesús realizó cuatro tipos de milagros: milagros de provisión, milagros de sanación, milagros relacionados con la naturaleza y expulsión de demonios. En los milagros de provisión, Jesús creaba algo partiendo de muy poco o de la nada, o transformaba una cosa en otra. Él sanaba la enfermedad física o discapacidad de una persona. ¡Hasta resucitaba a los muertos! Los milagros que mostraban el poder de Jesús sobre la naturaleza incluyen calmar la tormenta o caminar sobre las aguas. Cuando expulsaba demonios, Jesús realizaba

exorcismos, ordenando a los demonios que dejaran a las personas poseídas.

Jesús vino a mostrarnos la vida que tiene planeada para nosotros

Jesús vino a llamarnos a todos al Reino de Dios. Estas son algunas de las cosas que sabemos sobre nuestra vida en el Reino de Dios: está entre nosotros y a la vez vendrá en la eternidad, es un tesoro precioso, es conocimiento de Dios y es una vida en abundancia. Finalmente, es nuestra responsabilidad compartir la Buena Nueva del Reino, hacer discípulos de todos los hombres y traerlos al Reino de Dios mediante el Bautismo: “Cuando vieron a Jesús, se postraron ante Él, aunque algunos todavía dudaban. Jesús se acercó y les habló así: ‘Me ha sido dada toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia.’” (Mateo 28, 17-20).

En el Evangelio de Juan, Jesús nos revela que Él debe morir para que la humanidad pueda creer en Él y así encontrar el camino para la vida eterna. Jesús mismo se convierte en el camino. “¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3, 14-16). El Catecismo nos enseña que “Cristo no vivió su vida para sí mismo, sino para nosotros” (CIC 519) y mediante su vida, Él se convirtió en el camino, la verdad y la vida para todos los seres humanos.

JESÚS NOS HACE HIJOS DE DIOS

LECTURA DE FONDO



Como hemos aprendido, el pecado de Adán y Eva no era meramente personal, sino que afectaría a la humanidad entera, volviéndonos débiles y propensos al pecado. Su desobediencia rompió la unidad entre el cielo y la tierra, causando que los seres humanos se separaran de Dios. En otras palabras, el pecado tiene un precio eterno: la muerte.

Jesús vino a abrir el camino

Entonces, si todos nacimos con pecado original y la consecuencia del pecado es la muerte, ¿cómo podemos tener la posibilidad de llegar al cielo? Solo hay un camino: Jesucristo. Dios asumió una naturaleza humana y sufrió libremente la consecuencia del pecado. Jesús venció el poder de la muerte al resucitar de entre los muertos, triunfando sobre el pecado, para que nosotros no tuviéramos que sufrir la separación eterna de Dios. La Muerte y Resurrección de Cristo restauró nuestra herencia como hijos de Dios: vivir eternamente con Él en el cielo.

Por decirlo así, Adán malgastó todo lo que Dios le había dado y nosotros perdimos esa herencia que nos pertenecía por ser descendientes de Adán. Pero el Catecismo explica que “como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos

pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos” (CIC 615). Como Dios amó tanto a la humanidad (no porque hiciéramos algo para merecerlo), Jesús bajó de los cielos y nos volvió a abrir el camino. Jesús nos muestra el camino y Él es el camino.

El Bautismo: el primer paso en el camino

Como aprendimos en la lección anterior, la vida de Jesús nos ofrece un modelo a seguir. Él permitió ser bautizado para señalarnos el primer paso en el camino hacia el cielo: el Bautismo. Cuando nos bautizamos como cristianos, se perdonan todos nuestros pecados (incluyendo el pecado original) y Dios nos convierte en sus hijos adoptivos, restaurando nuestra herencia como partícipes en su vida divina. Ya no somos los descendientes perdidos de Adán, ahora somos hijos de Dios y parte de su Iglesia.

¿Por qué el Bautismo?

Porque el pecado original había dañado tanto nuestra naturaleza que los seres humanos necesitaban renacer. Jesús nos dice en Juan 3, 5: “El que no renace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios”. Y nada puede renacer sin antes morir. Para poder

convertirnos en hijos de Dios, nosotros también debemos morir espiritualmente. En las aguas del Bautismo, Dios nos ofrece una muerte y renacimiento espiritual. La palabra bautizar significa “sumergir”.

Además del Bautismo, Dios utiliza el agua para renovar lo que está corrompido de otras maneras. Las aguas del bautismo prefiguran en las historias del Antiguo Testamento que aprendimos en noviembre. Por ejemplo, en el diluvio, Dios utilizó el agua para inundar el mundo y hacerlo nuevo. Él partió las aguas del Mar Rojo para que los israelitas pudieran escapar la esclavitud y comenzar una nueva vida como el pueblo elegido de Dios. Ellos también tuvieron que cruzar el Río Jordán antes de entrar a la tierra prometida.

En el Bautismo, Dios también utiliza el agua para renovar lo que ha sido corrompido: nosotros. Somos liberados de la mancha del pecado original y renovados como hijos de Dios. Esta verdad fue revelada durante el Bautismo de Cristo, que se detalla en los Evangelios. Cuando Jesús fue bautizado, el Espíritu Santo descendió sobre Él y la voz de Dios Padre proclamó: “Este es mi Hijo, el Amado; en Él me complazco”. Aunque nosotros no lo podemos ver, esto mismo sucede en cada Bautismo. El Espíritu Santo desciende y el Padre se complace en su hijo(a) amado(a).

¿Por qué es necesario el bautismo?

Pero, si Jesús restituyó nuestra herencia al morir en la Cruz y al resucitar de entre los muertos, ¿por qué necesitamos el Bautismo? Porque el pecado original es real y Jesús nos dio este Sacramento para perdonarlo. Él nos dice claramente que el Bautismo no es solo una sugerencia: es un requisito. Él permitió ser bautizado y antes de subir al cielo, ordenó

a los Apóstoles que bautizaran a la gente “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Por más de 2,000 años, los cristianos han administrado este sacramento, utilizando las mismas palabras que Jesús ordenó a sus Apóstoles que utilizaran. Como todos los sacramentos, el Bautismo realmente otorga lo que representa: en este caso, la muerte y renacimiento espiritual, el perdón de los pecados y la posibilidad de ir al cielo. Es por esto que bautizamos a los bebés. No hay razón para privarnos de la gracia salvadora de Dios. Y en una situación de vida o muerte, cualquiera que tenga la intención correcta, puede bautizar a otra persona que así lo desee.

¿Por qué existe todavía el pecado?

Si el Bautismo perdona el pecado original y nos hace hijos de Dios, ¿por qué existe todavía el mal y el sufrimiento en el mundo? Y, ¿por qué es tan difícil evitar el pecado?

Porque el Bautismo perdona el pecado, pero no lo elimina. Aún vivimos en un mundo quebrantado y nuestra naturaleza sigue siendo débil. El Bautismo nos da la posibilidad de ir al cielo, pero nosotros debemos cooperar con la gracia y vivir como hijos de Dios. Es por esto que, aún después de haber sido bautizados, es muy importante pasar tiempo con Dios en la oración, escuchar las inspiraciones del Espíritu Santo y esforzarnos por obedecer los mandamientos de Dios.

El pecado es la causa de la muerte, sin embargo, Jesús no tuvo pecado: se entregó libremente a la muerte para que nosotros pudiéramos estar eternamente unidos con Dios en el cielo.

En el Año Tres de este programa, se analizarán en detalle los Sacramentos, incluyendo el Bautismo.